

## 085. El banquero con un mendigo

¿Hemos observado detenidamente la tendencia innata que todas las cosas tienen a *darse*? En la Naturaleza, todo se da generosamente. El Sol nos entrega en energía el equivalente a cuatro millones de toneladas de carbón por segundo. Los mares han dado su agua a las nubes, y ellas la precipitan como un don sobre la tierra sedienta. La rama cargada de fruto nos lo da para abastecer nuestras mesas. Las flores del jardín esparcen su perfume, y se dejan cortar después para que nos luzcamos con ellas. El Universo entero fue creado para nosotros, y se nos da de continuo con esplendor.

La vida del hombre tiene exactamente la misma condición. Aunque, al darse, no pierde nada, sino que se enriquece mucho más con lo que recibe en torno de lo que da.

El labrador se da a la tierra con la semilla y su trabajo duro, y la tierra le devuelve generosa una cosecha abundante.

El estudiante se da con tesón a los libros, y los libros le premian con un título honroso, y, lo que vale mucho más, con la ciencia del título.

Él y ella se aman, se dan de por vida con generosidad, y su amor y donación se han convertido en una familia primorosa.

La madre da su pecho al bebé, y el beso que va recibiendo del chiquitín es un gozo inefable, que supera a todos los afanes de la maternidad.

Uno cualquiera —usted que está ahora escuchando— se da a los demás con amistad, y los demás le retornan un montón de corazones.

Todos éstos nos dicen que las cualidades y gracias que han recibido de la Naturaleza no son plumas de pavo real para lucirlas vanidosamente, sino dones de Dios para ponerlos al servicio de los demás.

El *darse* enteramente se convierte en un *recibir* con creces.

Es un entregar en préstamo, para recibir después el capital con unos intereses altísimos.

Esa sentencia de Jesús que nos ha transmitido San Pablo: *es mucho más dichoso dar que recibir*, tanto como una verdad revelada por el Señor, es un hecho evidente que comprobamos todos los días (Hechos 20,35)

Como una comparación, lo vemos en la humorada que el pintor más célebre de París por aquellos días le gastó al también más célebre banquero.

Lo invita a su casa con otros amigos, y el artista le dice en animada tertulia:

- *Tiene usted precisamente la cara que necesito. Estoy pintando un cuadro en cuyo primer plano figura un pordiosero echado en el suelo, y llevo seis meses sin encontrar el modelo a mi gusto. Usted es mi hombre, señor barón, y le ruego que, en interés al arte, venga mañana mismo a mi estudio.*

Risas generales entre los contertulios. El banquero acepta, y al día siguiente se presentaba en el estudio vestido de pordiosero con una facha única.

Lo ve un discípulo del pintor, recién llegado, se mueve a compasión, le entrega con disimulo en la mano unas monedas, y se marcha. Pregunta intrigado el banquero:

- *¿Quién es ese chico?*

El pintor le dice con gozo y con pena a la vez:

- *Mire, señor barón, es uno de mis más aventajados alumnos, pero, tan pobre, que por falta de recursos tendrá que dejar un arte en el que tanto promete.*

Al día siguiente, el caritativo y prometedor alumno recibe una carta cuyas letras le bailaban en los ojos, y que decía:

- *Ayer impuso usted en mi banco un capital de seis monedillas, cuyos intereses en esta fecha ascienden a diez mil francos, los cuales puede usted pasar a recoger en mi casa el día que quiera, durante las horas de oficina. Firmaba: Rotchild.* (En el taller y casa del pintor Delacroix)

Lo de siempre: *Quien da al pobre, presta a Dios.*

Lo mismo si se le da en el hermano que nos necesita como si se le da al mismo Dios personalmente.

El que se entrega a Dios oye la palabra del mismo Dios a Abraham:

- *Yo, yo mismo seré tu recompensa, sobremanera grande* (Génesis 15,1)

Ni podemos barruntar lo que Dios nos guarda al ser generosos con Él.

Dar y darse. Esto es un ideal que no lo tienen solamente uno que otro. Este ideal lo tienen muchas personas, y cada vez son más lo que hacen de su vida una donación espléndida a Dios y a los demás. Muchas veces —es lo ordinario entre nosotros los católicos— es acto puro de caridad, de la más honda raigambre evangélica. Otras veces —y esto es muy ordinario en personas no creyentes o poco religiosas, pero honestas y de buen corazón— se dan a los demás por hacer el bien, por consolar, por promover a la persona.

Todos éstos están más cerca del Reino de Dios de lo que ellos se imaginan.

Aparte del bien que hacen con su trabajo y entrega, todas estas personas constituyen una gran esperanza para el mundo, porque su ejemplo se va extendiendo cada vez más, y así se va alumbrando el Mundo Nuevo tan deseado por todos.

Indiscutiblemente que Dios ha sido espléndido con cada uno de nosotros. No trae cuenta encerrar con avaricia los tesoros en caja fuerte. Es mejor abrirse de par en par, entregándose del todo. Cuanto más uno da, más rico se va volviendo, ya que, al hacer matemáticas con Dios, no existe la resta, porque —cosa curiosa— más tiene quien más da...